

Opina que la cuestión de las órdenes religiosas parecía tanto más complicada y difícil, cuanto más se reflexionaba sobre ella. Los desórdenes, que «se habían aumentado hasta lo infinito con la completa decadencia de la disciplina monástica», los resume según tres aspectos. Ante todo por causa del estado de relajación de los monasterios, ya no entraban generalmente personas de talento ni de buenas familias, en primer lugar porque de lo contrario perderían, indefectiblemente su buena fama y pondrían en peligro evidente la salvación de su alma en los conventos indisciplinados; además también los herejes han acredoado desprecio a las Ordenes, para lo cual ciertamente han dado ocasión los mismos religiosos. Así acontece que las más de las veces sólo entran aquellos que no tienen otra manera de vivir o son inútiles para todo. Los que entran no reciben instrucción ordenada acerca de la vida religiosa. Falta un noviciado propiamente dicho; los novicios sólo se diferencian de los seglares y profesos por el hábito. Ni podía ser de otro modo, dada la decadencia general de la disciplina monástica, pues faltan idóneos maestros de novicios.

De esta gente mal instruída y educada se toman al fin también los superiores, los cuales luego en su vida y gobierno ponen de manifiesto con qué costumbres han ido creciendo. Y lo que principalmente arruina aun más los monasterios ricos es que, tanto si quieren como si no, han de ofrecer posada a los príncipes y a su servidumbre en sus viajes. Y tanto más se ven forzados a llevar con paciencia estas cargas, cuanto los príncipes tienen en sus manos las elecciones para los cargos de los monasterios y hacen sentir su encono a los que les resisten. De ahí después los constantes impuestos y donativos pecuniarios de los monasterios; de ahí la elección de abades que son aptos ciertamente para conservar y aumentar las rentas, pero no tienen celo ninguno de la disciplina monástica. Estos desórdenes son de lamentar especialmente, porque, a excepción de las Ordenes mendicantes, cada monasterio vive aislado y se rige con entera independencia, y la relajación de uno no se puede corregir por un varón apto venido de otro; donde los religiosos han entrado en la Orden, allí viven y permanecen hasta la muerte y a nadie dan cuenta jamás, ni sobre su regla, de la que por lo común no tienen copia ninguna, aunque se llamen benedictinos o agustinos, ni sobre su progreso o el gobierno. Los abades viven apartados de los otros como señores temporales, tienen sus criados que les sirven a la mesa, sus caballos y cacerías. Los demás están provistos de suficiente mantenimiento y tienen toda la libertad que quieren.

Portia confiesa luego llanamente, que no veía cómo se podían curar estos males. Dice que remedios contra «tan mortales enfermedades» los había sin duda; pero ¿cómo aplicarlos? Obligar a tantas personas que gozan de tales protectores, a la observancia de una regla que no conocen, será imposible y sólo abrirá el camino para la completa

N. Elgard en carta a Galli de 4 de octubre de 1575, publicada por Schwarz, Gropper, 321 s.

apostasía, la cual está bastante cercana en la completa relajación. Y aunque fuese posible lo imposible, de que los funcionarios no continuasen esquilmando los monasterios, lo cual nunca podrá suceder, mientras el mundo no sea otro; si llegase a ser un hecho que los funcionarios no siguiesen impidiendo la libertad eclesiástica, ¿quién ha de ejecutar entonces las ordenaciones que se dictaron en la visita pastoral? Mayormente que para las visitas de los monasterios ni el estado de los tiempos, ni la disposición de ánimo de los religiosos, ni la inclinación de los príncipes son tales, cuales habían de ser, si debe restablecerse la disciplina monástica.

La sombría pintura que de esta manera traza el nuncio, no se refiere en primer término a las Ordenes mendicantes, únicas que estaban sujetas a la visita de Ninguarda. En realidad la descripción de Portia sólo en parte se verificaba en los monasterios de Baviera.

En Munich las clarisas de allí gozaban generalmente de muy buena fama, de suerte que el visitador no tuvo por necesario hacerles la visita (1). Dos conventos de franciscanas de la Tercera Orden de la misma ciudad son ocasionalmente colmados de extraordinarios elogios por las duquesas Ana y Jacoba (2). En el convento de los franciscanos observantes de Munich lo halló Ninguarda «casi todo en buen estado» (3). Todavía mayores alabanzas recibieron los franciscanos de Landshut (4); el superior era muy buen predicador y de gran provecho para la ciudad (5). Los franciscanos de Munich como los de Landshut sólo se quejaron de la arbitrariedad del comisario general Nas (6).

En otros casos las faltas no eran tan grandes y estaban más en lo desfavorable de los tiempos que en la mala voluntad. Los agustinos conventuales de Munich celebraban diligentemente los actos del culto divino; pero faltaba al convento el superior, pues no se supo sustituir al prior poco antes fallecido; para los religiosos jóvenes faltaba un maestro de gramática y un maestro de novicios; contra las disposiciones de San Pío V en caso de enfermedad las parientas del enfermo podían entrar en el convento, los novicios no se confesaban con bastante frecuencia y el convento estaba cargado de deudas. Ninguarda pensó solicitar del general de los agustinos el personal que faltaba, enviar a

(1) Schellhass, documentos, I, 63.

(2) Memorial enviado a Roma, de 15 de junio de 1574, en Theiner, II, 81.

(3) Schellhass, loco cit., 61.

(4) Hoc monasterium est huic civitati laudi et commodo maximo. Ibid., 260.

(5) Ibid., 257, 258, cf. 64. Morone en su visita a Landshut en 1576 halló allí un florecimiento muy satisfactorio de la vida católica. Relaciones de nunciatura, II, 45.

(6) Schellhass, loco cit., 248, 257. Sobre Nas y los franciscanos alemanes cf. Schwarz, Gropper, 320 s.

Italia dos de los religiosos más jóvenes para renovar la vida monástica y pedir al duque que ayudase a pagar las deudas (1). El convento de dominicos de Landshut padecía principalmente pobreza; con frecuencia la mayor parte de los religiosos estaban fuera del convento para procurar su manutención; los novicios no se podían entregar del todo a los estudios y a la vida interior, ni su maestro dedicarse enteramente a su cargo, la iglesia y el convento amenazaban ruina (2). Ninguarda procuró ayudarlos, pidiendo al duque que de las rentas del abandonado monasterio de benedictinos de Biburg y de otro monasterio se aplicase una parte a los dominicos (3). El prior, que por ignorancia había cometido yerros, recibió una grave reprensión (4). En general Alberto V pudo alabar en los monasterios de Baviera que los abusos más graves se habían suprimido y que su estado no era en conjunto tan malo (5).

En cambio halló Ninguarda ser muy triste la situación en Ratisbona (6). En el convento de los escoceses, en el de los franciscanos conventuales y en el de los dominicos ya no vivían sino uno o dos religiosos, en el monasterio de los agustinos el techo y las paredes estaban medio derruidos, y la iglesia se parecía más a una cuadra que a un templo de Dios; dos hermanos legos de Italia que en traje seglar moraban entre los ruinosos muros y se ganaban el sustento por medio del comercio, tenían la peor fama. Los tres monasterios nobles, en los cuales sólo la abadesa hacía votos, eran un escándalo para toda la ciudad, singularmente dos de ellos, que como inmediatamente sujetos al imperio, no hacían caso de ningún obispo. Sin embargo aun en Ratisbona los conventos no estaban todos mal. Las once clarisas se mantenían irreprochables en la observancia de la clausura y de las demás reglas monásticas (7); de las dieciocho dominicas se podía decir otro tanto. El abad y los dieciséis monjes benedictinos de San Emerán hacían honor a los católicos con el cuidado que tenían del culto divino y con su vida edificativa (8). Fuera de la ciudad, en el obispado de Ratisbona había aún muchos monasterios que nada querían tener que ver con el obispo, consideraban como su única cabeza al duque de Baviera y vivían en una completa relajación (9).

(1) Schellhass, loco cit., I, 62, 249 s., 251 ss., 253 ss.; II, 88, 248.

(2) Ibid., I, 255.

(3) Ibid., 260.

(4) Schellhass, Documentos, I, 64.

(5) *Effectum quoque est Suae Celsitudinis pietate, ut quae graviora atque enormiora iis in locis conspicerentur, statim sint correcta et sublata, ita ut Bavarica monasteria, quantum quidem per temporum horum impedimenta omnino potuit, non ita turpia aut scandalosa hucusque apparuerint.* Alberto V en 24 de diciembre de 1574, Relaciones de nunciatura, IV, 338 s.

(6) Schellhass, loco cit., I, 69-73, II, 62 s.

(7) Ibid., I, 71.

(8) Ibid., II, 62. En su *Informatio* (ibid., I, 69) no menciona Ninguarda este monasterio, porque no estaba sujeto a su visita.

(9) Ibid., I, 72, II, 99 ss.

Stranbing y Passau no estaban situadas en el distrito a que se extendían las facultades de visita de Ninguarda. A pesar de esto en la primera ciudad visitó a los carmelitas y los exhortó amistosamente a llevar el hábito de su Orden y vivir conforme a su profesión. En Passau, a ruegos del obispo, hizo una visita a los canónigos regulares y a las benedictinas. Cuanto a los canónigos lo halló todo en orden (1); a las monjas las exhortó a guardar la clausura y obedecer al obispo; ellas prometieron obediencia y agradecieron la exhortación (2).

En Passau Ninguarda recibió de Roma de sus superiores religiosos, y asimismo de Viena del nuncio y del prior de los dominicos las más urgentes invitaciones a ir lo antes posible a Viena y poner orden en la confusión de los monasterios de allí. Se trataba ante todo del asunto de los frailes italianos.

Como se colige de la instrucción para Portia, los dominicos y franciscanos conventuales tenían la costumbre de enviar al otro lado de los Alpes indignos miembros de sus conventos italianos. Con esto muchas casas religiosas de Estiria, Carintia y Carniola con buenas rentas cayeron en manos de italianos, los cuales pusieron a dura prueba la paciencia del archiduque (3). El emperador estaba asimismo poco contento de los dominicos, franciscanos y agustinos meridionales de su capital; quejábese de que no sabían el idioma del país y daban escándalo con su vida disoluta (4). A instancia de los estamentos austríacos estuvo ya a punto de mandarlos desterrar a todos. Cuando Delfino informó de ello a Roma, allí los procuradores generales de las tres Ordenes hubieron de buscar frailes alemanes idóneos para los conventos de Viena. Pero no se hallaron más que flamencos e italianos de provincias austríacas, y cuando el emperador hizo observar que él ya hallaría verdaderos alemanes, Delfino le rogó que los buscara por sí mismo, indicándole que entre tanto se procuraría reformar a los italianos. Pero para la reforma de los frailes se esperaba

(1) Ibid., I, 76.

(2) Ibid.

(3) Instrucción de Portia, núm. 31. Relaciones de nunciatura, III, 26 s. Schellhass, loco cit., I, 107, nota 3. Wiedemann, II, 187.

(4) Schellhass, loco cit., 80 s. Maximiliano II fundamenta sus quejas más específicamente en dos cartas a Roma de 2 de enero y 8 de marzo de 1574, ibid., I, 237 ss., II, 77 ss. Por lo demás no todos los religiosos italianos daban escándalo (ibid., II, 82); Ninguarda alaba a un dominico de Viena como «persona assai literata e virtuosa», profesor de la universidad, del cual dan todos buen testimonio, y que hace mucho provecho con sus lecciones, ibid., III, 34.

todo de Ninguarda, el cual fué llamado para ello de Passau (1).

Si Ninguarda no había hallado en todas partes desfavorable el estado de los monasterios de Baviera, en Austria le esperaban tristes experiencias. Así luego en el primer convento que visitó en los territorios imperiales, el de sus hermanos en religión de Krems. Los dos únicos moradores que habían quedado todavía en el convento, no le hicieron al principio tan mala impresión. Sólo después se manifestó que los dos habían convenido en engañar al visitador; a uno de ellos Ninguarda hubo de condenar más tarde a galeras (2).

A Viena llegó Ninguarda poco después de mediados de marzo de 1574. Inmediatamente entregó al emperador el breve que le acreditaba como competente para llevar la voz de la asamblea episcopal de Salzburgo. Luego expuso que el sínodo significaba un principio de mejoramiento del miserable estado de Alemania; pero que para la ejecución de los decretos era necesaria la cooperación del emperador (3). Maximiliano prometió su ayuda, si los obispos cumplían con su deber. En vista de esto Ninguarda le citó los nombres de algunos abades, prebostes y párrocos que no sólo tenían en su casa mujeres a título de esposas, sino también defendían opiniones heréticas (4).

Ya con frecuencia el nuncio Delfino había solicitado la intervención del poder civil contra los tales; pero no se había constituido una comisión investigadora hasta que llegó a oídos del emperador, que algunos de aquellos abades despilfarraban los bienes de sus abadías en favor de sus hijos. Al abad de Melk había procurado el gobierno hasta con astucia tenerle preso en lugar seguro, pero había envuelto en profundo misterio su proceder, para que los culpados no pudieran huirse a los protestantes con los objetos de oro y plata de los monasterios (5). En vista de las representaciones de Ninguarda prometió ahora el emperador, que trataría con los obispos sobre el castigo de los olvidados de su obligación. Para los extranjeros de los conventos de Viena que daban esperanza de enmienda, alcanzó el delegado pontificio el permiso de quedarse, si en cada convento el superior y algunos frailes eran alemanes y se recibían novicios de la misma nacionalidad (6).

(1) Ibid., I, 57, nota, 80 s., 80, nota 1.

(2) Ibid., I, 78, II, 58, III, 161, 172.

(3) Ibid., I, 78 s., cf., II, 81, 91.

(4) Ibid., I, 79.

(5) Schellhass, Documentos, I, 79, nota 2.

(6) Ibid., 81 s.

Ninguarda pudo creer haber conseguido algo; apresuróse en proveer el convento de dominicos de Viena de un superior y predicador alemán, así como de un buen maestro de novicios y recibir cuatro novicios (1). Con todo Maximiliano II pronto retractó en parte su palabra respecto a los frailes italianos (2); pero renovóla con la misma rapidez por las representaciones de Ninguarda (3). Con todo la promesa de proceder contra el abad de Melk, no la tomó sin duda en serio el emperador; poco antes que la hiciese, había manifestado que no había ningún cargo contra el abad, y que él castigaría a sus acusadores (4). Todavía en el año 1577 el obispo de Passau dirige las más graves acusaciones contra él, así como contra toda una serie de otros abades austríacos benedictinos y cistercienses (5).

Entre tanto llegaron a oídos del celoso reformador dominicano tantos escándalos de los monasterios, que de bonísima gana hubiese querido al punto antes bien volar que ir a todas partes (6). Pero el asunto de los frailes extranjeros y la descortesía de algunos funcionarios imperiales que no eran favorables a la religión católica (7), prolongaron su permanencia en Viena desde el 19 de marzo hasta el 14 de junio. Su plan era al principio ir a ver también inmediatamente como representante del sínodo reformador de Salzburgo al archiduque Carlos que estaba en Graz, y acometer luego la reforma de las Ordenes en Estiria y Carintia (8). Entonces recibió la noticia de que el prior de los dominicos de Praga había sido encarcelado por el arzobispo y la autoridad civil; por eso se resolvió a visitar ante todo la mencionada ciudad (9). Antes de ponerse en camino, por consejo del nuncio Delfino, emprendió aún la visita de los franciscanos conventuales de Viena (10).

(1) Ibid.; cf. II, 82.

(2) Declaración de 21 de abril de 1574, *ibid.*, II, 106 s.

(3) Ibid., I, 83. Las razones de Ninguarda para no excluir de antemano a todos los extranjeros, se exponen en su carta al emperador de 29 de abril de 1574, *ibid.*, 111 ss.; dicese en ella, que sólo poco a poco podía procurarse que predominasen los alemanes. En vista de esto se dió por contento el emperador (*ibid.*, 110).

(4) Ibid., 79, nota 3.

(5) Ibid., V, 39 s. Sobre la visita de los franciscanos conventuales de Austria y Bohemia, hecha por Pablo de Norcia, cf. *ibid.*, 94 s., 233 y I, 84, nota 2, 95, nota 2.

(6) A Galli en 26 de marzo de 1574, *ibid.*, 232.

(7) A Galli en 7 de mayo de 1574, *ibid.*, 232.

(8) Ibid., 81.

(9) Ibid., I, 84.

(10) Ibid., 87, II, 240 s.

Para el viaje de inspección a que ahora dió comienzo Ninguarda, había recibido copiosos poderes. Fuéle confiado el cargo de visitador de los dominicos: por los superiores de su Orden para las tierras del archiduque Carlos y para los territorios imperiales de fuera de Hungría (1), y por el Papa para Austria, Bohemia y Moravia (2). Para las Ordenes mendicantes en general, esto es, para los agustinos, franciscanos, dominicos y carmelitas, poseía poderes de visitador primitivamente sólo en Salzburgo y Frisinga, así como en las tierras de los archiducos Fernando y Carlos (3). La extensión de estas facultades al Austria interior Ninguarda había ciertamente declarado en Roma ser necesaria, porque de lo contrario los frailes podrían constantemente evitarle yendo de una comarca a otra; mas al mismo tiempo había suplicado que más bien se confiase a otro una incumbencia tan extensa, pues él tenía ya bastante trabajo con los conventos de su propia Orden (4). Pero desde Roma se le respondió que el Papa no conocía ningún otro que fuese adecuado para semejante cometido; que por tanto Ninguarda había de tomar también sobre sí esta carga (5); en vista de lo cual el fiel servidor de la Santa Sede declaró que por la obediencia al Papa no rehuiría ningún trabajo a pesar de todas las dificultades. Al emperador parecióle asimismo enteramente necesaria la extensión de los poderes de visitador al Austria interior (6). Además de las facultades eclesiásticas, Ninguarda se procuró también la autorización imperial para el ejercicio de su cargo, pues estaba prohibido a los monasterios recibir visitadores sin expreso consentimiento del emperador (7).

A mediados de junio de 1574 pudo finalmente Ninguarda comenzar el tanto tiempo anhelado viaje a Praga. Los mandatos imperiales, que le hubieran abierto las puertas de los conventos franciscanos y agustinos, no habían aún llegado a su poder; por tanto sólo pudo interinamente tocar en algunos conventos

(1) V. arriba, p. 50.

(2) Breve de 9 de enero de 1574, Relaciones de nunciatura, III, 308, nota 8. Ninguarda mismo había deseado el encargo pontificio (ibid.).

(3) Breve de 20 de noviembre de 1573, ibid., 240; Schellhass, loco cit., I, 59.

(4) A Galli en 1.º de abril de 1574, ibid., II, 86.

(5) Galli a Ninguarda en 12 de junio de 1574, ibid., 254.

(6) Ninguarda a Galli en 8 de abril de 1574, ibid., 91.

(7) Ibid., I, 85, cf. II, 92, 93, 240, 241, 250, 252.

de su propia Orden y le fué posible convencerse a vista de ojos de su triste situación.

En Rätz el convento de los dominicos estaba abandonado hacía dieciséis años; los edificios estaban en manos de los ciudadanos, los cuales los dejaban arruinar. En Znaim el fuego había perjudicado a los dominicos algunos años antes; entre verdaderas ruinas vivían allí los frailes, uno de los cuales había sido enviado hacía poco por Ninguarda. La visita de este convento, así como del de Brünn, la aplazó Ninguarda para su vuelta (1). También en Olmütz, donde hubo de aguardar durante quince días a pesar de su prisa a un representante del emperador para tratar con él de la cuestión de los monasterios, el convento de los Padres predicadores estaba casi extinguido; había muchas quejas sobre el prior italiano de los dos frailes que todavía quedaban (2). Ninguarda lo sustituyó por un alemán, que más tarde vivió asimismo de una manera poco edificativa (3); también admitió a dos novicios. En el monasterio de las dominicas de Olmütz estrechó la clausura (4).

En Praga no era mejor el estado de las cosas. El prior de los dominicos encarcelado, por cuya causa había el visitador acelerado su viaje, se había fugado de la prisión. Los únicos moradores del convento eran un novicio y otros dos compañeros de hábito, que el mismo Ninguarda hacía poco que había mandado venir por carta. En cada uno de los dos conventos de franciscanos conventuales y agustinos halló sólo dos frailes, que vivían escandalosamente; hasta hubo de echar a la cárcel a los dos franciscanos. Ninguarda hizo lo que se podía hacer en tales circunstancias; dió a los dominicos un nuevo prior y a los franciscanos un nuevo provincial y guardián; al superior de los agustinos, que prometió por escrito su enmienda, le hubo de dejar en su cargo, obligado por la necesidad. En otros conventos instó principalmente a la observancia de la clausura. Naturalmente se interesó todavía de un modo especial por sus hermanos de hábito; arregló su posición legal, alcanzó del gobierno la restitución de los bienes del convento, que habían sido embargados por la huída del prior y aumentó las muy escasas rentas (5).

A fines de julio comenzó Ninguarda a enterarse más en particular del estado de la Orden en el resto de Bohemia por medio de varias visitas de inspección. Primeramente se dirigió hacia el oeste a Pilsen, Mies, Pniow y Eger. Luego el viaje fué de nuevo desde Praga hacia el norte con el fin de visitar a Leitmeritz,

(1) Ibid., I, 87 s.

(2) Schellhass, Documentos, I, 88.

(3) Ibid., 98, II, 282.

(4) Ibid., 89.

(5) Ibid., 89-91.

Gablonz y Melnik (1). Entre tanto se comenzó a temer en Roma, que el infatigable dominico, que era la mano derecha de la Santa Sede para la reforma de los conventos de Alemania, sucumbiese bajo la carga que se le había puesto. Por tanto un breve pontificio le permitió elegirse uno o dos sustitutos para aquellas casas religiosas adonde le fuese muy difícil llegar en persona (2). Conforme a esto encargó al provincial de los conventuales la visita del convento de observantes de Kaaden en la Bohemia occidental, del cual sólo quedaba el guardián. Sobre el estado de los conventos del sur de Bohemia, de Bechin, Budweis y Neuhaus se cercioró más tarde en su viaje a Moravia.

Tampoco en los conventos de Bohemia faltaban enteramente puntos luminosos. Los cinco franciscanos observantes, así como las veinte clarisas de Eger son elogiados por Ninguarda; el prior de los dominicos de allí se había acreditado por su administración y predicación (3). De los franciscanos observantes de Pilsen no vivían ciertamente más que dos ancianos, y de los agustinos de Pniow y de Melnik sólo el superior, pero hacían honor a su estado (4). Lo mismo se ha de decir de los dos conventuales que el arzobispo de Praga había enviado a los conventos enteramente extinguidos de observantes de Neuhaus y Bechin (5). Pero en general la vida religiosa en Bohemia estaba agonizando. Aun los superiores daban muy mal ejemplo. A los guardianes de los frailes menores de Mies y Leitmeritz (6), y al prior de los dominicos de Pilsen, único morador de su convento, hízolos Ninguarda meter en la cárcel (7). Además los edificios de los conventos estaban comúnmente en miserable estado; los de los dominicos de Pilsen, Eger y Gablonz amenazaban ruina (8), el de los franciscanos de Mies estaba ya medio desplomado; su convento de Leitmeritz se asemejaba a una alquería; habíase establecido en él un enjambre de inquilinos, hombres y mujeres, a veces aun algunos de mala fama; los edificios se derruían en su mayor parte por ser muy antiguos, la iglesia mostraba grietas (9). A esto se añadía que las rentas apenas bastaban para un solo individuo; tampoco los

(1) Ibid., 91-93.

(2) Galli a Ninguarda en 10 de julio de 1574, *ibid.*, II, 263; carta de la Congregación Alemana, de 7 de julio, en Schwarz, *Diez dictámenes*, 92.

(3) Schellhass, *loco cit.*, I, 93.

(4) *Ibid.*, 92 s.

(5) Del convento de franciscanos de Neuhaus escribe Ninguarda en 5 de diciembre de 1574: *E assai ben'in ordine [los edificios], ma mercè di quel signore [el señor de Neuhaus] ch'è catholico*. *Ibid.*, II, 281.

(6) *Ibid.*, I, 93.

(7) *Ibid.*, 92.

(8) *Ibid.*, 92-94.

(9) *Ibid.*, 93 s.

conventuales de Mies podían ahorrar nada para la reconstrucción de su morada (1). Como los franciscanos observantes habían abandonado enteramente sus residencias de Neuhaus y Bechin, así los dominicos de Leitmeritz y Budweis sus conventos (2). En Weisswasser un señor seglar embargó el convento de los agustinos y no admitía en él a ningún fraile. En Rakow el convento de los agustinos había experimentado en su mayor parte la misma suerte; el prior, que era sólo el que quedaba de todos sus hermanos de hábito, negaba hacía ya dos años la obediencia al arzobispo, confiando en el señor noble del lugar, de suerte que el visitador tuvo por superfluo el ir allá para nada (3).

Ninguarda creyó poder estar muy contento del buen éxito de su viaje de inspección, al igual que otros señores eclesiásticos y seglares. Desde hacía muchos años fué ésta la primera visita efectiva. Todo transcurrió sin resistencia ni turbación de la paz, y no pocas cosas quedaron puestas de nuevo en orden. Mucho debió Ninguarda a la asistencia que le prestó el arzobispo de Praga, al cual rogó al despedirse, que ejerciese la inspección superior sobre los conventos de Bohemia.

Si el visitador había creído en una mudanza interior de los frailes visitados, pronto debía ser desengañado. Algo más tarde el obispo de Praga se dirigió a Ninguarda y por medio de él al general de los dominicos, y rogó urgentemente, que los conventos de dominicos fuesen provistos lo más pronto posible de otros frailes mejores y más aptos, pues hasta entonces se veía poco fruto de la visita (4).

En Moravia, donde Ninguarda permaneció desde el 3 de diciembre de 1574, reinaba el mismo estado de cosas que en la mayor parte de Bohemia. También aquí había conventos enteramente empobrecidos y ocupados por inquilinos seglares, con tres o todavía menos miembros no raras veces indignos. Ninguarda comenzó su visita por Iglau, y luego sin detenerse en Brünn, fué al punto presuroso a Olmütz para dirimir una contienda entre la ciudad y los dominicos. Cuando luego quiso hacer en Brünn la visita omitida, le alcanzó la orden del emperador de que fuese

(1) *Ibid.*

(2) *Ibid.*, 93, 96. Sobre Budweis, *ibid.*, II, 281. El convento se había abandonado en 1566; Ninguarda lo lamentó *si perchè la città è catholica, come anco che in tutta Boemia non ho veduto doppo la cathedrale di Praga la più bella chiesa nè ho ritrovato altrove tanta argenteria come li*. *Ibid.*

(3) *Ibid.*, I, 95.

(4) El arzobispo a Ninguarda en 8 de enero de 1576, *ibid.*, IV, 110 ss.